

HACIA EL TERCER MUNDO

CASI de pronto, como si el término de la Constitución fuese una señal convenida, el país político se enzarza en una serie de agresiones mutuas, de peleas verbales. "Como si hubiéramos comenzado ya la campaña electoral", dice un comentarista (Pérez Varela). Se utilizan palabras mayores. UCD dice que el PSOE tiene "una dinámica contraria a la libertad", que está encrespado, agresivo, que su combate a las emisoras privadas de radio y televisión es "un evidente atentado a la libertad informativa (pero, ¿hay emisoras privadas de televisión? ¿Hay verdadera libertad informativa en la televisión?), que en sus medios propios "manipula la información", que "se está adentrando por la línea antidemocrática", que UGT "se ha revelado como un auténtico 'bluff'... El PSOE (Múgica) contesta que lo que UCD hace es "esconder las ambiciones, posturas y actitudes heredadas del antiguo régimen" y denuncia al Gobierno por querer crear, por medio de USO, a una tercera fuerza sindical, amparada, protegida y adinerada por el Gobierno; ya había hecho la denuncia Alfonso Guerra, y USO le llama "fascista", le llama "circense". Socialistas y comunistas se acusan mutuamente de pactar con el Gobierno; se erizan, se enzarzan, se pelean. Y además está el discurso de Santiago Carrillo en la Casa de Campo y su cena con Ferrer Salat: la derecha se asusta, la izquierda también. Y Abril Martorell amenazando a los vascos, y los vascos disintiendo de todos... Si esto es el preludio de lo que va a ser la campaña electoral, más valdría no verla. Y sin embargo, las elecciones son cada vez más necesarias, más urgentes, como dijo Cebrián en el análisis de la situación que hizo en el Club Siglo XXI. Pero también lo pide Fraga, que no ha cesado su campaña electoral desde que perdió las elecciones, pero a condición de que haya "un Gobierno neutral", y manteniendo en alto la espada —mellada— de su posible negativa a la Constitución. Y también las pide el PSOE, aunque su presidente de honor, Tierno Galván, insista en que las municipales deben ser previas. Y en cambio el PCE parece querer aplazarlas, incluso por tres años más. A la inquietante pregunta de si realmente son viables estas Cortes, que ya se ve que no lo son, y de si pueden durar tanto tiempo, cuando están abrasadas, el PCE puede contestar con otra pregunta no menos inquietante: ¿Qué Cortes podrían salir de unas nuevas elecciones en estos momentos?

LOS que estábamos inquietos por el "consenso", desde su principio, y por la vía del pactismo, podemos estar ahora inquietos por el estallido de todos los disensos, de todas las hostilidades. Tampoco es esto. Tampoco es esta imagen de pelea de gallos la que los políti-



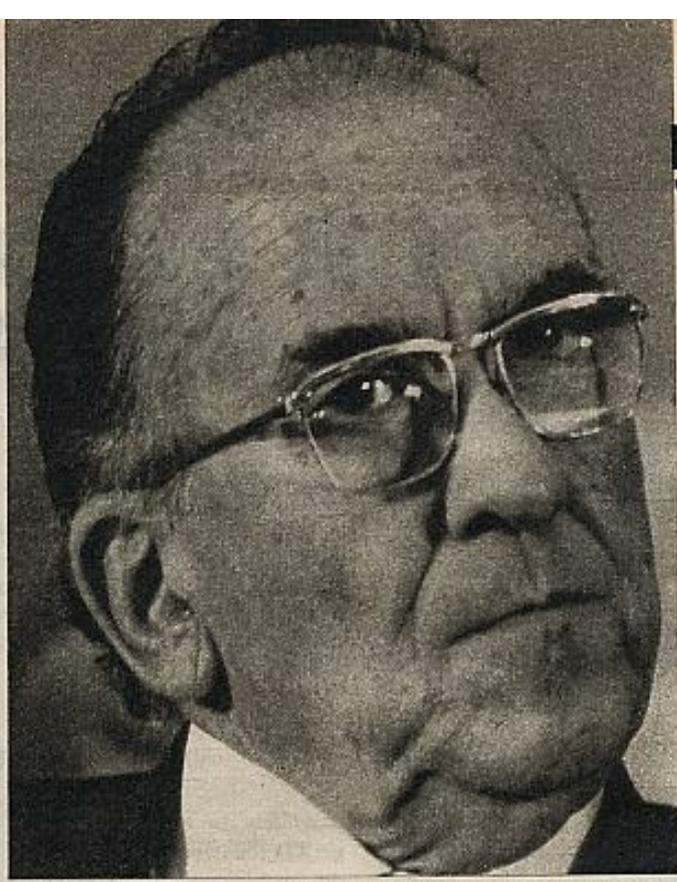
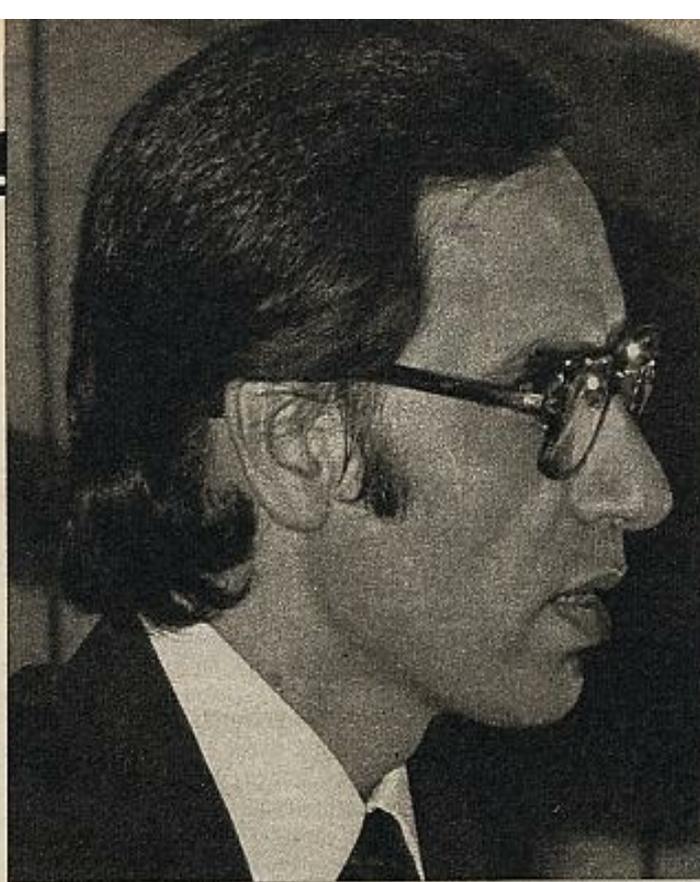
Abril Martorell: sus amenazas han enojado a los vascos.

cos deben dar al país. Le pueden contagiar de hostilidad, de malas maneras, de agresividad. El debate, el enfrentamiento, en el camino democrático que debía haber emprendido España y que no acaba de arrancar, es otra cosa. Es un debate sobre teorías de gobernación, sobre fondos ideológicos; es un debate y un disenso sobre la práctica diaria, sobre la manera en que el Gobierno conduce el país y sobre las formas que las distintas oposiciones —oposiciones al Gobierno, oposiciones entre sí— consideran mejores para lo que es el fondo político de una democracia: el reparto de riqueza y pobreza, la justicia social y civil, la eliminación de grupos de presión, las libertades

públicas y privadas, los derechos del hombre, la serie de las libertades. Que todo ello tenga una proyección electoral y que cada grupo presente su gestión y su acción a los electores como la mejor, incluso la menos mala, de conseguir la gobernación del país en los límites de la democracia no es ilícito. Que lo que pretendan es alcanzar el poder no es algo de lo que se deba acusar a ningún partido. El poder es una palabra con una carga peyorativa inmensa, sobre todo porque se confunde con poder absoluto, después de lo sucedido en España. Pero el poder, finalmente, no es más que la delegación de los electores para conducir una Administración. El hecho de que sean quienes lo ejercen los que acusen a los otros de querer ocuparlo termina siendo un alarde de cinismo.

PERO quizá no sea enteramente justo acusar a los políticos reñidores de contagiar al país: es muy posible que sea a la inversa, que el país esté contagiando a los políticos. El país está desbochado. Los "casos" saltan a las primeras páginas de los periódicos y se quedan en el aire. Los asesinatos de la semana —el segundo comandante de Marina de Bilbao, el del abogado ex presidente de la Federación de Judo— dejan ver un mundo enigmático, turbio, unos bajos fondos políticos y económicos que no llegan a la superficie. El caso del "Allul" y sus armas, el de las armas enviadas a Chile, el de la ayuda a la Nicaragua de Somoza. Como brotan unas guerrillas inesperadas, sin sangre. La que da paso, sin previo anuncio, a un programa de propaganda del Opus en la televisión, o como la que en la misma televisión hace aparecer durante unos segundos, el 1 de octubre, el "Día del Caudillo" borrado ya de los calendarios oficiales, un viejo "No-Do" conmemorativo, recordando la inauguración de un hospital de la Seguridad Social; junto a informaciones que explican —veladamente, subrepticamente también— el malestar en la Seguridad Social y las acusaciones de corrupción. Como si hubiera un "antes" positivo, un "ahora" corrupto.

COMO si no estuviéramos, de verdad, viviendo en las ruinas y en la tierra devastada que dejó el régimen anterior. Como si todo el drama que estamos viviendo de un país que se desangra no



Socialistas y comunistas se acusan mutuamente de pactar con el Gobierno. Alfonso Guerra, izquierda, acusa a UCD de querer crear por medio de USO una tercera fuerza sindical, y los de USO acusan al socialista de "fascista". Mientras tanto, el discurso de Carrillo levanta ampollas.

viniera de una época en la que faltaron el humanismo, la educación y la ciencia política, y la cultura y la tolerancia que ahora hacen tanta falta. Como si no percibiésemos en qué puntos están situados los fuertes supervivientes del régimen anterior, y cómo desde ellos están colaborando a lo que luego ellos mismos llaman desgobierno. Hay una situación paralela que no ha escapado a sus historiadores: la de la República de 1931-1939 —incluyendo los años de la guerra, los años de "quinta columna"—, que fue desprestigiada, inmovilizada, bloqueada por los mismos que la acusaron, para destruirla, de desprestigio, de inmovilismo, de bloqueo. Hay otra situación paralela, la de la democracia chilena de Allende, maniatada por los mismos que la acusaron de maniatar a los demás... Claro que no se pueden apurar estas comparaciones, puesto que esta España no es la de la República, que aún tuvo más agallas para emitir unas formas de educación cívica y para defenderse, ni tampoco es el Chile de Allende. Ni va a ser el Chile de Pinochet, ni la España de Franco.

PERO no está claro que los políticos perciban lo que está pasando más allá de su partida de ajedrez cerrada, y a veces tramposa. No está claro que sean capaces, unos y otros, de advertir que hay un crecimiento del franquismo en sus diversas formas, que hay una fascitización del país; que está surgiendo con todas sus viejas fuerzas el odio de clases, como consecuencia de una situación económica que se desarrolla como un cáncer sin que pactos,

teorías o jornadas de reflexión sean capaces de contenerlo. No se puede saber si advierten que estamos en el camino del tercer mundo o, más claramente, que nos deslizamos hacia el mundo subdesarrollado, y algunos datos son muy coincidentes con esos índices: la desigualdad creciente entre riqueza y pobreza, el aumento del desempleo a niveles extraeuropeos, la penetración extranjera en la dirección económica y, por lo tanto, en la presión sobre la política exterior e interior (no se acusan ya las centrales sindicales de percibir dinero extranjero), el índice de lectura de periódicos —el más bajo de Europa, junto al de Turquía—, el de producción industrial, el de la calidad de los productos terminados, el de la productividad; la extensión de la corrupción de niveles inferiores a niveles superiores; la decadencia en la preparación universitaria y profesional que hizo de nuestro país —ya en tiempos de Franco— un país de peones, de asistentes, de mano de obra barata; el desasistimiento del pueblo a las direcciones políticas; la falta de credibilidad de los grandes estamentos...

NADIE puede ignorar lo que sucede cuando se entre en el mundo del subdesarrollo: no hay manera de salir de él. El mundo está lleno de ejemplos. Y el mundo del subdesarrollo no es solamente la extensión de la pobreza hasta convertirse en miseria: es también el desprecio a los derechos del hombre, a la vida humana, el poder de la burocracia, el revolucionarismo y la caída en la tiranía. El ejemplo de lo que ha pasado y está pasan-

do en Portugal, y el deslizamiento de ese país hacia un conservadurismo tercermundista nos debían aleccionar más de lo que lo hacen.

EL camino de salida que está patrocinando la derecha, a cuyo pasado y a cuya colaboración —o complicidad— se debe en gran parte esta situación, es el de una especie de atajo para llegar ya a la dictadura. No es una solución. Se vio en España que no lo era; y el franquismo cayó como una fruta madura —por utilizar su propio vocabulario— después de unas degeneraciones que condujeron desde los sueños de imperio hasta la entrega de parcelas del territorio, desde la ilusión de la autarquía hasta la caída en la dependencia económica. Cayó porque no valía: no puede valer, ahora, una solución parafranquista, como no está valiendo un Videla en la Argentina, un Pinochet en Chile. Ni un Sha en el Irán, ni un Hassan II en Marruecos.

PERO este camino tan arriesgado y tan inútil está siendo abierto por la carencia de una democracia propia de un país desarrollado, y las dilaciones, las argucias, las manipulaciones y el miedo nos han alejado de ella; como ahora nos puede alejar esta ruptura o esta pelea de gallos que puede ser un prelude electoral; pero que podría ser el prelude de una situación en la que no hubiera ya, nunca más, elecciones. ■